

Testimonios de vida en el teatro

TUC

50 AÑOS

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

Capítulo 22



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

Testimonios de vida en el teatro.

TUC 50 años

Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, editores

© Luis Peirano Falconí y Samuel Adrianzén Merino, 2011

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2011

Avenida Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono (51 1) 6262000

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Diseño de cubierta y
diagramación de interiores:

Charo Velásquez

Foto de carátula:

Francisco Adrianzén Merino. *Peligro a 50 metros* (1970)

Todas las fotografías reproducidas en este libro pertenecen al archivo del TUC,
salvo indicación en pie de foto.

Primera edición: octubre de 2011

Tiraje: 800 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2011-08650

Proyecto editorial: 31501361101432

ISBN: 978-9972-42-968-2

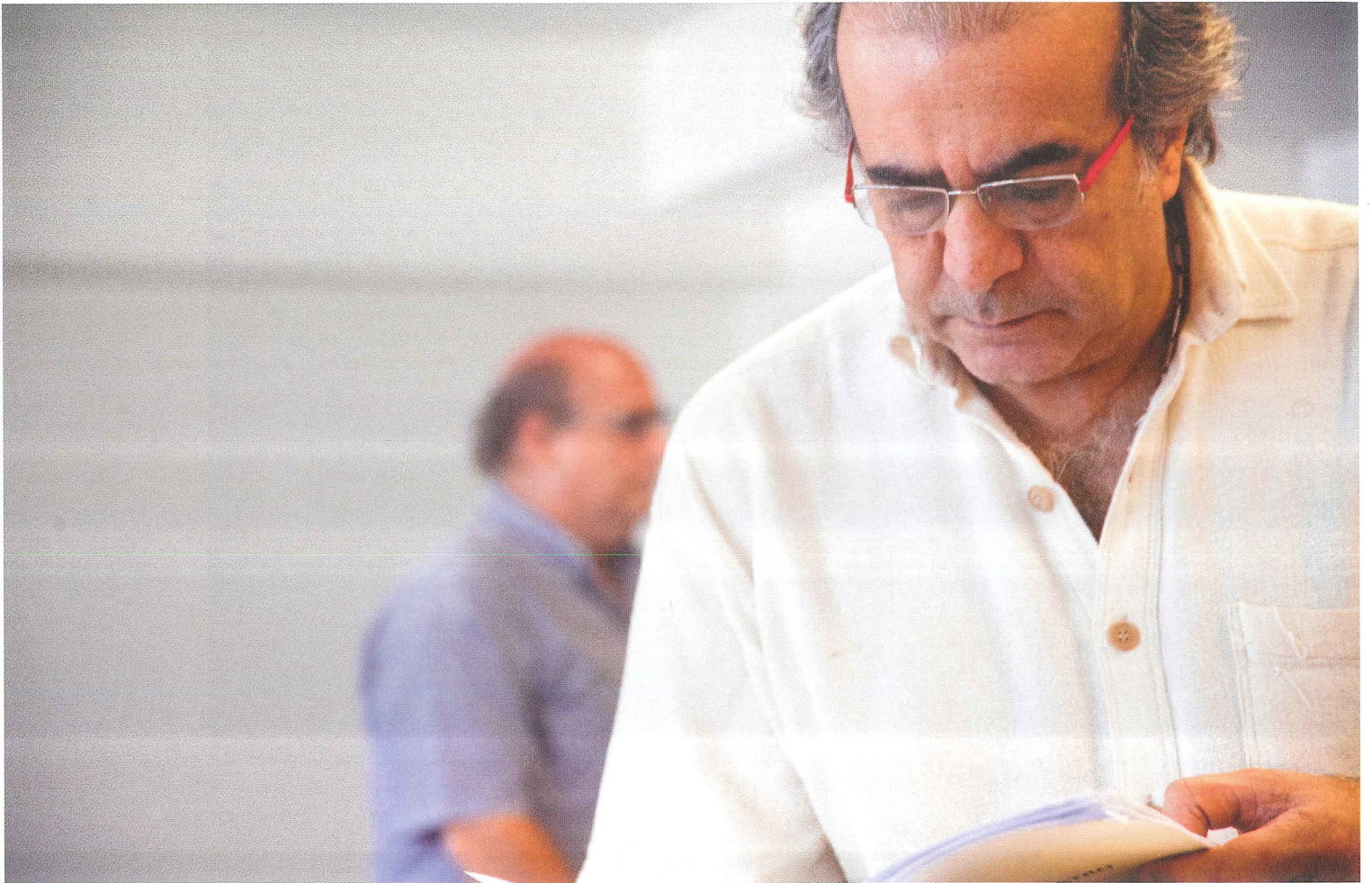
Impreso en Cecosami Pre Prensa e Impresión Digital S.A.

Calle Los Plateros 142, Ate.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.



EDGAR SABA



4-155
●●●

Edgar Saba, actor y director. En la actualidad dirige el Centro Cultural de la Pontificia Universidad Católica del Perú y el Festival de Cine de Lima.

Sueños de teatro

*El mañana, y el mañana, y el mañana
se desliza, paso a paso, día a día,
hasta la sílaba final con que el tiempo se escribe.
Y todo nuestro ayer iluminó a los necios
la senda de cenizas de la muerte.
La vida es una sombra tan solo, que transcurre; la
historia de un actor
que, orgulloso, consume su turno sobre el escenario
para jamás volver a ser oído...*

Macbeth, W. Shakespeare

Lo más hermoso de esta fiesta de cumpleaños es que todos los niños tienen derecho a soplar las velas de la torta. Todos invitamos y somos invitados.

Esperamos, con latente candor infantil, nuestros regalos como homenajeados y, a su vez, con adulta nostalgia homenajeamos con abrazos ancestrales. Sin embargo, nadie, ni siquiera el dueño del santo, sabe exactamente la edad que tiene.

Algunos muchachos que juegan con vestuario de ratones de biblioteca, ubican su nacimiento hace aproximadamente veinticuatro siglos, cuando unas

mujeres apasionadas, las bacantes, perseguían en una colina griega a un ciervo en el que creyeron que se escondía el misterioso dios de la fertilidad. Sin embargo, esa pasión no era ajena a la imaginación de Marlowe, quien en plena juventud y gloria murió acuchillado en una taberna del sur de Londres; o a la de su coetáneo, Shakespeare, quien vio incendiarse el teatro *El Globo* —donde se interpretaba a un entrañable y adolescente Romeo bajo el balcón de su amada, al lado del Támesis— al igual que nosotros vimos arder nuestro teatro Municipal —donde un Lear intentaba transformar las cenizas en arena blanca de nuestro mar—.

¿O el inicio fue aquella tarde, cuando Molière moría sobre las tablas mientras sus compañeros actores contaban los bultos de mierda que los caballos franceses habían dejado a la entrada del espectáculo como prueba de la taquilla que les permitiría comer esa noche? Y ojalá sigamos gritando «mierda» como ritual y eco del recuerdo que produce la pasión por el trabajo amado y no por la desesperación del abandono y la necesidad. La misma pasión con que Federico fue a morir a Granada para gritar que la humanidad no podía resumirse a su trágico verso de «dos bandos», porque sabía que «así pasaran cinco años», sería necesario luchar, ya no entre dos tribus, sino contra la barbarie, y volver a una familia, a un solo bando, enraizado en la tolerancia y la compasión.

Pero antes de que el tiempo transforme la impotencia en nostalgia, quiero decir que otra de las ventajas de nuestro agasajado es que su historia es circular y solo la podemos contar a través de ese calendario sin tiempo de la memoria; en ese tiempo interior que no se expresa en horas, sino en una infinitud incontable de olas que nos hace comprender esa simbiosis de ausencia y presencia. Y tan impredecible fue el asesinato de Marlowe como las desapariciones de Ricardo Roca Rey, Pablo Fernández, Hugo Salazar del Alcázar, Elvira Travesí, Ricardo Fernández, Pepe Postigo, Osvaldo Fernández, Pipo Ormeño, Beto Montalva, Siegfried Espejo, Juan Pedro Laurie, Gernoveva Elguero, Salvatore Munda, Fernando Tovar, José Enrique Mavila, Gerard Szkudlarski, Miguel Cook, Aldo Brero, Juan Carlos Espinoza, Frank Loveday, Jorge Semino, Mario Velásquez, Carlos Velásquez, Pepe Velásquez, María Isabel Chiri, Tito Salas, Luis Felipe Cueto, David Elkin, Anita Elkin, Manolo Arévalo, Pepe Vilar, Lola Vilar, Orlando Sacha, Maritza Guti, Lorenzo de Szyslo, Marco Leclère, y tantos otros

quienes, como Luis Álvarez, no perdieron jamás el equilibrio, porque, como bien decía Goethe, «el escenario debiera ser como la cuerda de un equilibrista para que ningún imbécil ose tocarlo».

Un minuto o un año da igual porque hemos inventado el tiempo y somos parte de esa invención. Por eso, para muchos, hace cincuenta años, alrededor de un 22 de junio, nació o renació nuestro homenajeado con el original nombre de TUC, cuando un grupo de estudiantes de la Pontificia Universidad Católica decidió reinventar lo inventado desde hacía probablemente seis siglos antes de Cristo.

Con la ilusión de que estaban construyendo el Epidaurus, se aglutinaron en una pequeña casona en el jirón Huancavelica. La necesidad imperiosa de los estudiantes por comunicar a través del arte resultó ser tan importante o más que sus propios estudios académicos en las diversas facultades de nuestra universidad. Imperiosa, porque el trabajo artístico les proporcionaba algo más que información y conocimiento, les trazaba ese camino que se emprende para indagar, a través del arte, las profundas motivaciones de su ser para amar la vida y la responsabilidad de su existencia en este mundo. Camaná 975, una de las sedes del TUC, es para muchos no solo una fecha de nacimiento sino, ante todo, un símbolo que nos asegura que en él todavía estamos, vivos o muertos, pero juntos, tanto los que vivieron mucho tiempo, como los que reaparecen de tiempo en tiempo y los que tuvieron más vida que su propia muerte, pero menos tiempo que su propia vida.

TUC: tantos nombres, tanta alegría, tanto dolor, tanta lucha. TUC: tanta frustración, tanta recompensa. TUC: tantas generaciones, estilos, dudas, tanto talento. TUC: para quien sabe, sinónimo de hermandad, tribu, familia, solidaridad, compromiso. TUC: un punto visceral de referencia.

Por todo ello y muchas cosas más que iré descifrando hasta mi muerte, solo puedo agradecer su compañía y el haber apostado siempre por revelar la verdad. La verdad que no es la luz, sino destellos de luz que podemos descubrir en la oscuridad. Solo por esos destellos, les aseguro, vale la pena una vez más decirle a nuestro amigo: ¡feliz cumpleaños! Y agradecerle que en cada función nos siga abalanzando sobre los brazos de los otros y nos implique a fondo, en lugar de dejarnos flotar en la periferia de la vida.